



Qué se aprende leyendo literatura en la infancia

Iris Rivera

Me hicieron un día esta pregunta y quedé perpleja. La pregunta me remitió a mi propia infancia. ¿Qué aprendí leyendo literatura? Eso sería... cincuenta y largos años atrás.

Hubo una casa grandísima en mi infancia. No era mi casa. Cuando quisieron que entrara, me tiré al piso y no me dejé convencer por las buenas. Tampoco por las malas. El guardapolvo blanco me había gustado. Y el cuaderno y la cartuchera, pero entrar a esa casa, no. A mi mamá le dio vergüenza volver conmigo a la casa que sí era mi casa y contarle el escándalo a mi abuela. Una vecina aconsejó que al día siguiente me llevara otra persona. Y la misión recayó en mi abuelo. Por alguna razón que se me escapa (pero se nota que a la vecina, no), al día siguiente entré. Entré en la escuela y en sus códigos. Uno de ellos era, justamente, responder preguntas como la de ahora, de esas que nunca te hiciste. Saberse las respuestas era, en aquel entonces, de mucha “utilidad”.

Responder preguntas que no eran las mías era “útil” para que la maestra me pusiera un diez y para que los grandes de mi casa anduvieran diciendo *hay que ver lo aplicada* (así decían, “aplicada”) *que nos salió la nena*. Servía también para que, en el boletín, la maestra escribiera “continúa así para alegría de tus padres y maestros”. Para alegría de mis padres y maestros... ¿y mi alegría?

Tuve una infancia buena, sin embargo. Con contratiempos así... pero en fin, no es que se pueda tener todo en la vida. Mi infancia fue con suerte: habían deseado mi existencia. Había una familia y yo era la pequeña. Un momento: **yo era la que venía a preguntar...** ¿qué era eso de que me preguntaran otros? Los otros eran grandes y parecían saber de todo. Yo no, yo tenía y tengo la sensación del que no sabe. Yo sigo siendo la que no entiende, soy la que desespera por entender. La que vino a este mundo a preguntar.

En la casa de mi infancia, las palabras estuvieron sonando en el aire mucho antes de descubrir que además, estaban en los libros. Eran palabras vivas, bichos que me picaron. Por lo que no entendía, me picaban. Porque los grandes de mi casa parecían saber algo que yo no, me lo decían a medias y eran cosas que hacían llorar o daban miedo o daban risa. Los grandes eran dueños de todas las palabras y las soltaban de a poco cuando hablaban conmigo (tendrían reparos o temores o pensarían que algunas no eran para mi estatura), pero cuando cantaban o cuando contaban o cuando hablaban entre ellos, las soltaban de a muchas. Esas *palabras muchas* eran frutas que yo quería morder... y las mordía con cáscara y todo. Algunas dulces, otras amargas, otras desabridas. Y si alguno temió que me rompiera los dientes, el hecho fue

que no me los rompí: preguntaba. Entonces los grandes contestaban con historias. No recuerdo que me hicieran preguntas, no me explicaban a menos que yo pidiera explicaciones. Sólo me contaban o me cantaban o me leían.

Pero un día ocurrió aquel incidente de la casa que no era mi casa. **Me** sucedió la escuela. Ahí conocí a otros grandes que sí preguntaban... y controlaban las respuestas. Ahí enseñaban a leer, pero había que decir lo que ellos querían con las palabras que ellos esperaban. A mi familia también **le sucedió** la escuela. Y les dio vergüenza esta nena, la del escándalo del primer día. La nena esta no había entendido que en esa casa, las leyes eran otras, los libros eran otros y las preguntas, mayormente, las hacían los otros.

Qué aprendí leyendo literatura en mi infancia y cómo lo aprendí... No sé, no sé y no sé, dice la nena, esa sobreviviente. Ni sabe ni quiere contestar preguntas de otro, si será rebelde esta nenita... Es que sigue-sigo ocupada con sus-mis propias preguntas. Los grandes de la escuela existían desde antes de que yo naciera y me miraban. Y acá es donde empiezan mis preguntas, las que no vienen de otro, las que me hago yo. ¿Por qué esos grandes me miraban desde arriba, con el cuello estirado y los hombros derechos? *“A ver, a ver, dónde se ha visto que “agua” se escriba con hache”*. ¿Por qué me hablaban subrayando, con ese tono de persuadir? *“Y prolijito, eh, y los dibujos pintados sin salirse de la raya”*. Esos grandes, esos “otros” parecían tener preceptos, moldes ¿esperaban de mí conductas pre-moldeadas? En lo que me decían y en lo que ni siquiera estaba dicho, yo olfateaba el molde. Lo expresaba una ceja levantada, una sonrisa, una mirada al bies, un delicado *“así me gusta”*.

Pero ¿y yo? ¿Yo no era “otra” para ellos? Yo sentía en las tripas que no sabía de ellos ni de nada. Pero ellos ¿sabían de mí? Sabían **lo que querían de mí**, pero de mí ¿sabían? De lo que me pasaba, de lo que me inquietaba y me impulsaba a preguntar ¿estaban enterados? El modo de saber de esos adultos era una forma de empuñar las palabras. *Las oraciones se escriben empezando por el sujeto, la lectura se “estudia” diez veces, el techo de la casa se pinta de rojo*. Se hace, se dice, se saluda, se escribe, se lee, se espera, se calla. Los adultos sabían muchas cosas que empezaban con “se”... Para peor, eso los volvía grandes a mis ojos, les otorgaba poder. Y mi familia no atinó más que a ayudar a plegarme las aletas para que aquella escuela las pegara, mientras miraba de reojo el modelo terminado, tan parecido a la maqueta que traía el Billiken que me compraban en el kiosco.

Así fue mi experiencia hace cincuenta y largos años. No digo que haya sido la de todos mis contemporáneos, digo *la mía fue así*. Y siguen mis preguntas. ¿Cómo es hoy la manera en que los adultos miramos la infancia, las diversas infancias? ¿Hay otros modos que no sean-

como dice Jorge Larrosa- la actitud de aquellos que, “cuando miran a un niño, saben ya de antemano qué es lo que ven”? Medio siglo después ¿ya se nos volvió posible a los adultos “invertir la dirección de la mirada (...) y sentir sobre nosotros las miradas de los niños (...) percibir lo que en esas miradas hay de inquietante para nuestras certezas”(…) ¿Nos dimos cuenta ya de que “un niño es otra cosa que la materialización de un proyecto, que la satisfacción de una necesidad (...)”? Cuando veo tan claro que un niño está siempre “más allá de lo que sabemos, de lo que queremos o de lo que esperamos”, vuelvo a mi infancia y veo también que aquella nena luchó entre la cuestión de ser aceptada por los grandes y la de ser “esa otra” por la que los adultos con quienes tuve trato, medio siglo atrás, no estaban ni cerca de preguntarse.

Qué aprendí en mi infancia. La escuela de mi infancia tendía a monologar y pedía que yo incorporara respuestas hechas, pero no a mano, no artesanales. Eran respuestas de confección. Y, al que me las pasaba, también se las habían vendido hechas. Las habré incorporado, pero mis preguntas, silenciadas, no dejaban de quemar. “Los chicos oyen, ven y callan”, decía uno de mis tíos, y el otro acotaba: “los chicos hablan cuando las gallinas mean”. Será por eso que hoy prefiero ampliar el concepto de “aprender” apelando al de formar-se y transformar-se a cargo de uno mismo... indefinidamente.

Qué aprendí leyendo literatura. A los adultos de mi casa ¿algo les pasó? Tal vez ¿Se distraían por momentos de su misión de ayudar a la escuela a plegarme las aletas? Distráidos o inocentes o inconscientes o contradictorios o liberadores o lúcidos, me imponían sus preceptos y, a la vez, me dejaban cerca los libros. En mi casa de infancia hubo mandatos (los de la casa, los de la escuela), pero además hubo y sigue habiendo... una biblioteca. Y fue por esa biblioteca que entré en otros tratos con las palabras. Con otras palabras y con las mismas, pero usadas de distinta manera: ni para moldear ni para imponer ni para convertirme en buena alumna, ni para persuadirme ni para manejar-me. Eran palabras que no tenían conmigo un trato de poder. Las palabras de los libros que leía no me plegaban las aletas: las des-pegaban, las des-plegaban y, como no ofrecían respuestas, elevaban de rango a mis preguntas: yo tenía, yo tengo ahora y sé que tengo, el derecho a preguntar.

¿Habrá habido también en aquella escuela que me tocó, adultos contradictorios o lúcidos como los de mi casa, y fue mi mala suerte la que no dejó que me cruzara con alguno?

Qué y cómo se aprende leyendo literatura en la infancia. Me desconcertó esta pregunta, al punto de buscar que la contestaran otros. Así que hice una encuesta entre mis

lectores conocidos. Junto acá algunas de sus respuestas. Son muchas voces de lectores las que hablan a continuación y arman un abanico de múltiples varillas:

Yo no aprendí nada, pero lloré, reí, jugué con Heidi en el altillo del granero, me caí en un pozo persiguiendo a un conejo blanco, viajé al País de Nunca Jamás, me hice chiquita y grande, fui la doctora de Juan Pirincho. Con Fahrenheit inventé el juego de buscar escondites para mis libros y aprendí algunos de memoria por si venían “los bomberos del fueguito”. Vacié el placard y armé adentro una nave. Fui huérfana, princesa, jinete, detective. Amé a Caperucita y Blancanieves y temí al lobo y a las brujas. Los cuentos me llevaban adonde yo quería y adonde no, también... pero una vez allí ¿cómo no seguir? Podía ser cualquier otra o cualquier otro, hasta de sexo cambiaba. Podía desear tener una mamá como la señora March, meterme en la oscuridad de una caverna, cuando en mi otra vida dormí con la luz encendida hasta los ocho años. Podía ser buenísima aunque me maltrataran, como Cenicienta, mientras en mi otra vida era bastante más malvada. Supe lo que compruebo casi a diario: serás capaz de pasar las pruebas. Me sentí Pulgarcito. Saqué la conclusión de que la verdad triunfa, pero no sin trabajos y penurias.

Vi a los celos, la rabia, la venganza, la avaricia, el orgullo pasearse por los libros y descargué, a través de ellos, mis celos y mis rabias, mis deseos. Cuando la timidez me inmovilizaba y en tiempos en que el miedo era parte de la vida, los libros preservaron mi salud mental. Pude hacer un recorte en la vida ordinaria para hacerle lugar a otra vida extra-ordinaria, construí dentro de mí una frontera (indómita, diría Graciela Montes), un invernadero desde donde podía re-surgir a salvo de las in-clemencias. Crecí con una medida de amor por encontrar y sufrí exquisitamente por amor, me empeciné tan endiabladamente por encontrarlo que varias veces me topé con él. Los cuentos me mostraron que los obstáculos son insistentes, entonces soy más insistente que ellos, para que los obstáculos lo sepan. Me enteré de que los pensamientos y sentimientos se pueden poner en palabras y los míos tuvieron también esa salida. Vi que cuando las palabras se ordenan de determinada forma, producen música y hasta esconden secretos que puedo ir descubriendo y que me tocan. Tuve acceso al sentido del humor. Noté que las palabras muchas veces parecen decir algo y en el fondo están diciendo otra cosa y hasta lo contrario. Ingresé en el disfrute y en la belleza.¹

Pero dos de los lectores encuestados me deslumbraron con lo obvio:

Lo primero, lo principal y hasta lo único que aprendí en la infancia leyendo literatura, fue a leer. Sin interés por aprender nada, desarrollé un gusto insaciable por seguir leyendo. El libro se acostaba abierto sobre mí y la mirada se me iba por un rincón del techo. El tiempo se borraba y yo crecía en preguntas sobre el origen del hombre, hacia dónde vamos, para qué, la muerte, la soledad... Estos nombres recién los encontré en la adolescencia, pero las preguntas venían desde la infancia.

¹La encuesta fue realizada entre amigos, colegas escritores, mediadores y especialistas integrantes del Foro de Cuento Infantil Ciudad Seva y alumnos de los talleres de LIJ que coordino.

¿Habrá algo más humano que esta conciencia de ser frágil, pequeño y a la vez capaz de alojar tamañas preguntas?

Por todo esto que dicen y que digo, cincuenta y largos años después trabajo para que las palabras que intercambiamos con los chicos, se vuelvan herramientas de formación y de transformación continua para y desde ellos, pero que lo sean antes, para y desde nosotros. Que si había en mi escuela de infancia y sé que hay en las escuelas de hoy, adultos capaces de escucha y de diálogo, lo muestren y lo sigan mostrando, que cada vez más mediadores lo reflejen en sus prácticas. Porque cuando un mediador se ofrece como oreja, las palabras de los chicos tienen voz. Y las respuestas hechas no silencian sus preguntas nuevas, y el saber cristalizado no se impone a la inquietud recién nacida. Trabajo para el día en que ningún “cuestionario a responder” frene el impulso de preguntar. Estoy segura de que hay entre ustedes gente que va encontrando cómo acercarnos a ese día. Me imagino también que otros habrá a quienes ahora mismo esta cuestión los empieza a inquietar. La nenita que fui se siente agradecida... porque es entrando en tratos con la literatura como llega uno a hacerse toda clase de preguntas. Y volviéndose uno lector sucede que, a la larga, se las va contestando.

Me sumo a lo que dicen otras dos de las lectoras encuestadas. Ellas eligieron parafrasear a un poeta: *de la literatura se puede decir lo que Miguel Hernández dice de la risa del hijo:*

*Tu risa (la literatura) me hace libre
me pone alas
soledades me quita,
cárcel me arranca:
boca que vuelas
corazón que en palabras
relampaguea.*